

Devotos del Corazón de Jesús

Luis Paricio

Dar la vida por los amigos.

La relación que se establece entre los amigos siempre ha sido un tema querido por la literatura. Es más, el primer libro que asienta las bases para la construcción de lo que hoy llamamos Occidente, La Ilíada, comienza con una desgraciada historia de amistad: Aquiles, el más sabido de los guerreros griegos, se ha enfadado con su rey Agamenón por el reparto del botín y por la posesión de una esclava llamada Criseida. El enfado es tan importante que ese día decide no salir al combate, así que su amigo del alma, Patroclo, tiene que pelear solo. Como era previsible, Patroclo muere en el combate. Aquiles entra en cólera y se revuelca por el suelo, grita, llora, gime como un toro herido, devorado por el dolor; haría cualquier cosa para devolver a su amigo a la vida. Si estuviera en su mano, moriría para que él siguiera viviendo.

Aquí está la clave: dar la vida por el amigo. No es una ocurrencia, sino algo que pertenece a la raíz profunda de nuestra cultura y que se ha repetido como modelo supremo de conducta en numerosas ocasiones. Pero la realización más sublime de la historia es el sacrificio de Jesús por nosotros. Para los creyentes, el hecho adquiere una relevancia sobrenatural; el hombre que da la vida por sus amigos es el Hijo de Dios enviado por el Padre para que todo seamos hijos de Dios y hermanos en Cristo. Esta es la esencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El devoto sabe que en todas las ocasiones su vida está destinada al servicio y a la entrega a los demás. Y cuando a este devoto le toca vivir en las fronteras del mundo, hay veces en las que también se le pide el sacrificio de la propia vida. El último ejemplo me ha impresionado. Lo he leído estos días en el libro de Javier Cercas, *El loco de Dios en el fin del mundo*: Annalena Tonelli era una misionera italiana que llevaba 33 años trabajando en África. Le habían recomendado muchas veces que saliera de Somalia porque su vida corría serio peligro. Fue asesinada de un tiro en la cabeza en el año 2003 en el hospital contra la tuberculosis que ella misma había fundado unos años antes. Cercas termina su relato buscando un retrato de Annalena Tonelli en internet, después otro, y luego otro: “Al final me convenzo de lo evidente: es una mujer de una belleza pasmosa”.

Es la belleza incompresible, sobrehumana del que da la vida por los amigos.